

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El evangelio de hoy nos narra la resurrección de la hija de Jairo. Es una de las tres personas que resucita Jesús. Los otros dos son Lázaro, que llevaba cuatro días muerto, y el hijo de la viuda de Naín, cuando lo conducían a enterrar.

Jesús resucita a esta niña de doce años justo cuando acaba de morir. Por eso puede decir que está dormida. Comenta san Pedro Crisólogo que para Dios la muerte es como un sueño, porque puede destruirla con mayor rapidez de la que un hombre pasa de estar dormido a despierto.

El caso es que la niña está muerta y, por consiguiente, la gente está triste y llora. La muerte extiende su influjo sobre cuanto la rodea y domina la situación. Su sombra lo vuelve todo triste. Jesús entra en un ambiente de muerte y anuncia la vida: «¿Qué estrépito y qué lloros son estos? La niña no está muerta, está dormida». Todos aquellos que rodeaban el cadáver de la joven difunta eran, probablemente, profesionales de la muerte, quizá plañideras acostumbradas a llorar en los funerales y a rendir homenaje a lo trágico acrecentando la desesperanza. La muerte era su mundo y estaban hechos a ella. Por eso allí se encontraban a gusto.

Y en medio de ellos... hizo acto de presencia la Vida. Jesús les anuncia la vida y, en vez de aferrarse a ella, empiezan a reírse. Al leer esta escena uno recuerda toda la modernidad. La de los filósofos que anuncian que el hombre está hecho para la muerte o que lo propio del hombre es la desesperanza. Se ponen a reír porque no les importa que la hija de Jairo viva o no. Prefieren la muerte del hombre a reconocer su propio sinsentido. Entonces Jesús los echa fuera. Cualquiera que amase se agarraría a la última esperanza. Es lo razonable, lo que necesita el hombre. Jesús los saca fuera. No merecen ver lo que creen imposible.

Los últimos papas han hablado de una cultura de la muerte. A esa cultura le es connatural el desprecio de la dignidad humana y, sobre todo, una angustia irremediable que acaba conduciendo a negaciones de la vida, como el aborto o la eutanasia. Prefieren el llanto a la posibilidad de que algo cambie, de que sea diferente.

Jesús se acerca a la niña y le dice: «Talitha qumi». Y la niña se levanta y narra el evangelio que todos se quedaron como viendo visiones. Pero Jesús, para que se den cuenta de que eso sucede en la realidad, de que no es un sueño, manda que den de comer a la niña. Porque la vida ha de ser sostenida.

Algunos Padres ven en esta escena una enseñanza sobre los sacramentos de la Penitencia: el paso de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y la Eucaristía, alimento de los vivientes en Cristo.